

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

OBRA SELECTA



UTADEO 60 AÑOS
LA EXPEDICIÓN
CONTINÚA



UTADEO

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO



NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

OBRA SELECTA

Compilación y prólogo
Lácydes Moreno



Bogotá D. C. 2014

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Jaime Pinzón López

VICEPRESIDENTE

Roberto Holguín Fety

Orlando Ayala Lozano
Antonio Copello Faccini
Rosario Córdoba de Espinosa
Álvaro Escallón Villa
Eduardo Garcés López
José Fernando Isaza Delgado
Rodrigo Llorente Martínez
Alberto Lozano Simonelli
Vicente Miranda Melo
Evaristo Obregón Garcés
Clara Parra Beltrán
Fernando Sanz Manrique
John Vaughan Ricaurte

REPRESENTANTE DE LOS PROFESORES

Carlos Eduardo Sanabria Bohórquez

REPRESENTANTE DE LOS ESTUDIANTES

David Camilo Rodríguez Aguilar

SECRETARIO DEL CONSEJO DIRECTIVO

Carlos Sánchez Gaitán

RECTORA

Cecilia María Vélez White

DIRECTORA DE LA SECCIONAL DEL CARIBE

Roxana Segovia de Cabrales

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA

Nohemy Arias Otero

VICERRECTORA ACADÉMICA

Margarita María Peña Borrero

DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN

Leonardo Pineda Serna

DECANO FACULTAD ARTES Y DISEÑO

Alberto Saldarriaga Roa

DECANO FACULTAD CIENCIAS SOCIALES

Jorge Orlando Melo González

DECANO FACULTAD CIENCIAS NATURALES E INGENIERÍA

Isaac Dyner Rezonzew

DECANO FACULTAD CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRATIVAS

Fernando Copete Saldarriaga

Castillo Mathieu, Nicolás del, 1931-2013
Obra selecta / Nicolás del Castillo; prólogo Lácides Moreno
Blanco. — Bogotá : UTadeo. Seccional del Caribe, 2014.
508 p.; 28 cm.

ISBN: 978-958-725-145-6

I. CASTILLO MATHIEU, NICOLÁS DEL, 1931-2013. I HISTORIADORES COLOMBIANOS. I. tit.

CDD928”C352”

©Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 N° 22-61 – PBX: 242 7030 – www.utadeo.edu.co

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU OBRA SELECTA

ISBN: 978-958-725-145-6

RECTORA

Cecilia María Vélez White

DIRECTORA DE LA SECCIONAL DEL CARIBE

Roxana Segovia de Cabrales

VICERRECTORA ACADÉMICA

Margarita María Peña Borrero

DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN

Leonardo Pineda Serna

DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Jorge Orlando Melo

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Jaime Melo Castiblanco

COORDINACIÓN ADMINISTRATIVA

Henry Colmenares Melgarejo

CONCEPTO GRÁFICO, DISEÑO, FOTOGRAFÍA CARÁTULA Y GUARDAS

Luis Carlos Celis Calderón

DIAGRAMACIÓN

Mary Lidia Molina Bernal

ESCANER

Samuel Fernández

IMPRESIÓN

Panamericana Formas e Impresos S. A.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.

IMPRESO EN COLOMBIA – PRINTED IN COLOMBIA

ÍNDICE GENERAL

Prólogo Lácydes Moreno Blanco	9
1 Libro. El segundo viaje de Colón y la expedición de Pedrarias	13
2 Libro. Las formas de tratamiento en el Quijote de 1605	67
3 Libro. El aporte negro-africano al léxico de Colombia	93
4 Libro. Léxico de Cartagena	137
5 Libro. El primer Núñez	219
Obra de Nicolás del Castillo Mathieu	506

Prólogo

Flor de nobleza académica la que exhibe la Universidad Jorge Tadeo Lozano, entidad que en el curso de sus actividades tanto ha servido a la cultura nacional durante estos últimos 60 años, al querer rendirle un perdurable homenaje al doctor Nicolás del Castillo Mathieu, recogiendo como en haz de doradas espigas diversos estudios históricos, de crítica literaria, de lexicografía o biográficos en los que, precisamente, tanto descolló el ilustre colombiano, quien rindió su jornada al fallecer hace poco más de un año.

Del Castillo Mathieu se vinculó a la Tadeo Lozano desde el 12 de febrero de 1980, cuando fue designado en el Consejo de la seccional de Cartagena y posteriormente en el Consejo Directivo de la Universidad en Bogotá, desde el 29 de noviembre de 1983 hasta su fallecimiento.

Sus atributos académicos y de hombre de pensamiento humanísticos contribuyeron siempre a la mejor política y servicios de la Tadeo Lozano, donde, desde luego, se hizo acreedor de las más elevadas consideraciones y reconocimientos; prueba de ello es la entrega del presente volumen, que, repetimos, atesora sustantivos trabajos suyos, como cálido homenaje también a la ciudad de Cartagena, donde la Universidad se siente tan entrañablemente vinculada.

Debemos citar en primer término, *El Segundo viaje de Colón y la expedición de Pedrarias*, en el cual nos aproximamos especialmente a la personalidad del navegante soñador, a su espíritu o imagen física misma, como quiera llamársele, que terminó sus días sin el convencimiento de haber hallado nuevas tierras. Era también un poeta, según el autor, por la forma como describe con pluma de ganso en su diario las islas, mares y paisajes que se revelaban a sus ojos atónitos.

Y una coda, este estudio —pese a su apretada síntesis— es en realidad de excepcional trascendencia, pues tangencialmente fija el instante en que se operó el encuentro entre los dos mundos con el súbito descubrimiento de paradisíacas islas e inmensas tierras pobladas por seres que tenían otro concepto de la naturaleza, hijos del paraíso.

Es así como por la diferencia alimenticia entre los navegantes españoles y los nativos del nuevo continente, al planearse el segundo viaje Fernando el Católico le dice a Colón: “si ustedes quieren hacer un asentamiento —no se habla de conquista ni dominación— deben llevar en ese segundo viaje semillas de nuevos e inéditos productos, así como labradores, amén de otros productos”, de manera que a partir de ese segundo viaje vienen los primeros quesos, el trigo, las gallinas para los futuros sancochitos; cerdos, ganado vacuno, cabras y ovejas, etc. Que luego Colón con angustia habría de pedir a los Reyes Católicos que se enviaran vino, tocino, pasas, azúcar, almendras, miel, arroz, amén de otras alcomonías que a través del tiempo contribuyeron a la formación de la suculenta cocina criolla.

En este ameno ensayo afloran también apuntes de cómo eran aquellos primeros conquistadores en su físico, dones y habilidades, de manera que la historia se vuelve un placer al repararla memoriosamente y sin fatiga.

Otra de las pasiones de Nicolás del Castillo como hombre de altos estudios, fue la legendaria figura de don Rafael Núñez, tan combatido hasta la infamia por muchos de sus contemporáneos y luego por historiadores miopes o de pasiones negativas, que no supieron evaluar con justicia el trascendental aporte del Regenerador a la civilización de nuestro ordenamiento político. Abarca, además, gratos aspectos de la vida sentimental, cuando no ocasionales aventuras de faldas que como estremecida saga acompañó al ilustre personaje cartagenero.

Estudio que merece destacarse es el que tituló *Las formas de tratamiento en el Quijote de 1605*, el cual leyó al tomar posesión como miembro de número de la Academia Colombiana, y en el que discurre sobre el curso del tratamiento de vuestra merced, del tú, o del vos, en la célebre novela de don Miguel de Cervantes Saavedra. Que luego y como cabal merecimiento por su brillante desempeño en las deliberaciones de la Academia, habría de ser ascendido a miembro honorario de la Corporación.

Se enriquece esta especie de antología con una paciente investigación que durante años llevó a Nicolás del Castillo en torno al habla de Cartagena, especialmente por haber aplicado su saber lexicográfico, donde se fijaron muchas veces el alcaide o raíces de cada voz, en las que abundan herméticos africanismos. Como en todos los suyos, este es un trabajo paciente y riguroso. Lleva por título *Léxico de Cartagena*, libro inédito hasta su publicación en esta edición.

Nico, para otros Nicolás del Castillo Mathieu fue un artista de su propia vida, de mente iluminada, además, por una densa cultura humanística, decantada en el curso de los años como consecuencia de diversos y severos estudios. Es así como desde temprano publicó trabajos o ensayos de singular importancia, como *El primer Núñez*, atinente a los primeros tiempos del ilustre cartagenero, esto es, las acciones del Regenerador hasta su partida para los Estados Unidos y Europa. La crítica fue afortunada en su momento cuando destacó de dicho estudio que “lo admirable de este trabajo, y lo que constituye evidentemente su mérito principal, es que a pesar

del riguroso acopio histórico y del ponderado espíritu crítico con que se estudian las iniciativas y realizaciones de Rafael Núñez, en los campos jurídico, económico y político, la prosa no pierde elasticidad ni soltura. No es este el clásico libro de carácter investigativo, en el que el aporte erudito ahoga la amenidad del relato. Del Castillo ha sabido mantenerse en un sorprendente equilibrio, presentando una obra lo suficientemente científica como para no parecer frívola y lo bastante amena y sencilla como para hacer no solo fácil sino también grata su lectura”.

Para atesorar esta rica preparación intelectual, esas raíces clásicas y de método para las investigaciones, cumplió por lo demás, magníficos estudios, pues fue doctor en Ciencias Jurídicas y Económicas de la Universidad Javeriana de Bogotá; doctor en Droit Privé de L’Université de Paris (1957); Diplomé de l’Institut des Hautes Études Internationales de París y Master of Arts in Romance Languages and Literatures, Harvard University, Cambridge, MA, EE. UU.

Con la entrega de este libro, “*Nicolás del Castillo Mathieu. - Obra selecta*”, la Universidad Jorge Tadeo Lozano, no solo rinde homenaje a un colombiano de excepcionales atributos humanísticos, sino que se vincula con luz propia a las esencias espirituales de Cartagena de Indias.

Lácydes Moreno Blanco

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU

EL SEGUNDO
VIAJE DE COLÓN
Y LA EXPEDICIÓN
DE PEDRARIAS

BIBLIOTECA COLOMBIANA DE CULTURA
COLECCIÓN POPULAR

1

DEDICATORIA

A Fernando de la Vega y a Eduardo Lemaitre, quienes estimularon, con su generosidad y con su ejemplo, mi vocación, apenas naciente, hacia esta clase de estudios.

ÍNDICE

Introducción	19
Parte primera. El segundo viaje de Colón	21
I El almirante	23
II El impacto del primer viaje	25
III Los preparativos del segundo viaje	28
IV Los navíos y la tripulación	29
V El viaje	30
VI Cuba, parte del continente	31
VII Lo que se llevó	33
VIII Los pasajeros	34
IX Cómo eran aquellos hombres	36
X El regreso	40
Parte segunda. La expedición de Pedrarias	43
I Pedrarias: su personalidad	45
II Antecedentes del viaje de Pedrarias	46
III Incentivos del viaje de Pedrarias	48
IV Quiénes vinieron	49
V Datos sobre algunos de estos conquistadores	51
VI El viaje	56
VII Conclusiones	60
Notas	61
Bibliografía	63

INTRODUCCIÓN

Este estudio fue originalmente leído en la Academia Colombiana de Historia en su sesión del 12 de octubre de 1973, como trabajo de presentación reglamentario para asumir el cargo de miembro correspondiente de esa benemérita corporación. Después lo hemos ampliado considerablemente para publicarlo en esta importante y meritoria colección. Versa él sobre dos expediciones que siempre atrajeron nuestra atención, no solo por tener una marcada importancia en el proceso colonizador de América, sino por ofrecer además interesantes similitudes que trataremos de poner de relieve, así como sus evidentes diferencias. Anticipemos, simplemente, que con el segundo viaje de Colón se inicia de modo definitivo y premeditado el asentamiento español en las Antillas y la flota de Pedrarias hace lo propio para la Tierra Firme. Esta ya es una decisiva coincidencia.

A pesar de que esta colección está destinada al gran público, no pudimos prescindir de poner a disposición de los estudiosos las necesarias referencias bibliográficas y de agregar algunas notas aclaratorias, que serán especialmente útiles para los lectores no familiarizados con estos temas. Para hacer su lectura lo más grata posible, redujimos al máximo estas últimas y las colocamos al final del libro y, en cuanto a las referencias bibliográficas, adoptamos el método usado especialmente por algunos antropólogos, de incluirlas, entre paréntesis, dentro del texto, dando a cada obra consultada un número, que puede encontrarse fácilmente en la Bibliografía, y señalando enseguida el tomo (cuando ello se requiera) y la respectiva página o capítulo.

Creemos haber conciliado así el justo requerimiento de los profesionales de que se les dé cuenta y razón de lo que aquí se afirma, con el no menos apremiante deseo de la mayoría de los lectores de disponer de un libro ameno y de fácil consulta.

Parte Primera
EL SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

I. EL ALMIRANTE

Comencemos tratando de evocar la figura física y espiritual del comandante de la primera de las expediciones que vamos a narrar: el Almirante del Mar Océano, don Cristóbal Colón.

La mejor descripción de Colón es quizá la que nos hace Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo vio personalmente en Barcelona cuando fue a entrevistarse con los Reyes Católicos a su regreso del primer viaje y, posiblemente, antes, en Santa Fe, y de ella puede decirse que en cierta manera reemplaza al retrato fiel y exacto del Almirante que nunca llegó hasta nosotros: “Hombre de honestos parientes e vida, de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso; bien hablado, cauto e de gran ingenio, e gentil latino, e doctísimo cosmógrafo; gracioso cuando quería, iracundo cuando se enojaba” (26, I, p. 16)*. Según su hijo Fernando, encaneció a los 30 años (11, cap. III).

Colón mismo, en una carta enviada desde Jamaica al Comendador Mayor en Santo Domingo, se describe como hombre discreto y seco en una sorprendente, sincera y casi única confesión: “yo no soy luxengero en fabla, antes soy tenido por áspero” (8, II, p. 316). Pero era muy tierno con sus hijos, que le inspiraban los sentimientos más delicados, y afectuoso con sus hermanos. En la soledad de Jamaica rememora así los difíciles días de navegación tempestuosa antes de llegar al Cabo de Gracias a Dios y los tristes pensamientos que lo asediaban en aquellas horas en que todo parecía perdido:

“El dolor del fijo que yo tenía allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de 13 años en tanta fatiga, y durar en ello tanto: Nuestro Señor le dio tal esfuerzo que él avivaba a los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo había adolescido y llegado fartas

* Esto se interpreta así: 26 número de referencia: I número del tomo); p. 16 (página 16). Véanse las referencias al final del libro.

veces a la muerte. De una camarilla, que yo mandé fecer sobre cubierta, mandaba la vía. Mi hermano estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mío, y mayor porque lo truje contra su grado; porque por mi dicha, poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer o dormir no tengo, salvo al mesón o taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas, y era de don Diego mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposeionado de mi honra e hacienda; bien que tenía por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes le restituirían con acrecentamiento en todo” (15, I, p. 233).

Buscaba con avidez el oro, aunque no tanto para sí, como para justificar el éxito de su empresa. El mismo lo revela con sinceridad en varios apartes de su *Diario del Primer Viaje* (15, I, pp. 96, 99, 102). Quienes hayan leído este precioso documento reconocerán, además, que Colón estaba dotado de un gran poder de síntesis en sus descripciones. Era religioso y hasta beato (26, I, p. 121). Su testarudez era proverbial: partía de ideas preconcebidas y de intuiciones a veces geniales y luego acomodaba los hechos a ellas, como cuando afirma, después de algunas vacilaciones, que Cuba es Tierra firme y cuando sigue creyendo hasta morir que lo descubierto por él es Asia. En su primer viaje, al hablarle los indios de Guanahaní, que traía a bordo, de los *Caniba* (15, I, p. 127). [Los *taínos* de La Española decían *Caribes* (15, I, p. 141)], cree, sin vacilar, que se trata de los súbditos del Gran Kan, es decir, de los chinos. Cibao, la región aurífera de La Española, no puede ser obviamente sino Cipango (15, I, p. 139). Pocos días antes había creído que Cipango era Cuba y tal vez es el nombre recién escuchado de Cibao, uno de los factores que lo hacen pensar después que Cuba sería una parte del continente asiático, como veremos en un capítulo especial. Las Casas cita otro ejemplo de terquedad en el tercer viaje, cuando se resiste a creer que Paria fuera Tierra Firme: “Salido del golfo y de la Boca del Drago y su peligro, acuerda de ir al Poniente por la costa abajo de la Tierra Firme, creyendo todavía que era isla de Gracia, para emparejar en el derecho de dicho Golfo de las Perlas, Norte-Sur, y rodearla y ver aquella abundancia de agua tan grande de dónde venía, y si procedía de ríos, como los marineros afirmaban, lo que él dice que no creía, porque ni el Ganges, ni el Eúphrates, ni el Nilo, no ha oído que tanta agua dulce trajesen. La razón que lo movía era, porque no vía tierras tan grandes de donde pudiesen nacer tan grandes ríos, salvo, dice él, si esta no es Tierra Firme; estas palabras son suyas” (8, II, p. 31). El Cura de los Palacios confiesa que “tenía hartos contrarios que no lo podían tragar por ser de otra nasción e porque subjuzgava mucho en su capitanía e cargo a los sobervios e adversos” (6, p. 334).

Pero Colón era también un poeta, o por lo menos un hombre de acusada sensibilidad. En el primer viaje contempla con ojos de asombro los colores de los peces de la Isla Fernandina, que describe así: “como gallos de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados... y otros pintados de mil maneras; y las colores (habla el italiano del Renacimiento) son tan finas que no hay hombre que no se maraville y tome gran descanso a verlos” (15, I, p.100). Es sensible también a los olores: “y llegando yo aquí a este cabo [Cabo Hermoso en la Isla Isabela] vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo” (15, I, p. 102). Y, como es natural, a los placeres del oído. De la misma isla elogia: “el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí” (15, I, p. 103). Es un enamorado de la naturaleza y, además, muy fino y sensitivo. No tiene, por ello, ninguna razón el historiador español Ramón Iglesia al calificarlo de “seco, nada emotivo, duro, egoísta” (21, p. 29). Por el contrario, sabemos que era capaz de profundas emociones y pasiones. Y a veces efusivo, como lo relata Diego Méndez, en su testamento, cuando, refiriéndose a cierta hazaña cumplida por él en Veragua durante el cuarto viaje, agrega: “no se hartaba de me abrazar y besar en los carrillos por tan gran servicio como allí le hice” (15, I, p. 243). Lo mismo sucederá cuando el valeroso Méndez tome la célebre decisión de pasar de Jamaica a La Española en una simple canoa para pedir ayuda a favor del infortunado Almirante y sus compañeros varados allí durante largos meses (15, I, p. 245).

El mejor elogio de Colón como navegante lo hace, rotundamente, su paisano Miguel de Cuneo: “desde que Génova es Génova ningún otro hombre ha nacido tan magnánimo y tan experto en navegación como el dicho Almirante; porque al navegar, sólo mirando las nubes o de noche a una estrella, él sabía lo que iba a suceder y si habría mal tiempo” (23, p. 227).

II. EL IMPACTO DEL PRIMER VIAJE

Para entender el segundo viaje de Colón es necesario medir el impacto que en España causó el primero. Resumámoslo brevemente: con gran acierto de marino, Colón atravesó el Atlántico a la altura de las Islas Canarias y se mantuvo en la misma latitud durante aproximadamente la mitad de su viaje. Luego se inclinó ligeramente hacia el suroeste y, al aproximarse a América, acentuó esta inclinación, con lo cual evitó el peligroso Canal de las Bahamas y adelantó, en todo caso, el descubrimiento, desembarcando el 12 de octubre de 1492 en la pequeña isla de Guanahaní, que, con toda seguridad, es la actual Isla de San Salvador. Dejemos que él mismo nos cuente este histórico contacto entre dos mundos en aquel no menos histórico 12 de Octubre. Leámoslo con la emoción de saber que son estas exactamente las líneas que trazó su pluma de ganso, fielmente conservadas y transcritas por el padre Las Casas, a bordo de la Santa María, en las tranquilas aguas de aquel puerto americano, ya cuajado de canoas:

“Yo (dice él), porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrios que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hobieron mucho placer, y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras; los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos; los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan; dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni negros; ni blancos, y dellos se pintan en blanco, y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solo los ojos, y dellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro; y algunas de ellas tienen al cabo un diente, de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, e creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a. V.A. para que desprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide salvo papagayos en esta isla” (15, I, pp. 95 y 96).

Luego descubre una isla más larga que llamó Fernandina, y antes de llegar a ella recoge un indio que venía en una “almadía” y que traía “un poco de su pan que sería tanto como el puño... y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada y una hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador dellas en presente” (15, I, p. 99). En Fernandina ve los primeros “paños de algodón fechos mantillos” y las primeras matas de panizo (maíz) (15, I, p. 100) y sus camas “que son como redes de algodón” (15, I, p. 101). Después descubre y bautiza a la Isla Isabela y de allí pasa a la enorme isla de Cuba, que denomina Juana, acabando así de honrar a la familia real: rey, reina y princesa heredera. Por breve tiempo toma rumbo al occidente, pero luego da marcha atrás y recorre todo el extremo nororiental de la isla lleno de hermosos ríos, abrigadas bahías y grandes canoas. De Cuba pasa a La Española, maravillándose ante su costa noroccidental (que no hace sino recordarle a España, en su vegetación, en sus peces, en sus colinas) y ante sus extrañas raíces cultivadas (yucas y batatas).

Cuando zozobra la *Santa María* decide dejar un grupo de hombres en una fortaleza que llamó Navidad, y luego emprende el viaje de regreso, no sin antes descubrir el Golfo de las Flechas, en donde encontró por primera vez a los extraños ciguayos, con sus cabellos largos recogidos atrás, sus caras tiznadas de carbón y —¡cosa inusitada!— sus poderosos arcos y flechas. El 16 de enero de 1493 suspendió, a su pesar y solo para acceder a los justos deseos de la tripulación, los descubrimientos, y zarpó para el Viejo Mundo, llegando, después de un viaje azaroso, a Lisboa el 4 de mayo de 1493. Se había realizado así uno de los hechos decisivos de la historia de la humanidad.

* * *

La noticia del éxito alcanzado (el camino a las Indias por el Occidente y las nuevas tierras descubiertas) se extiende rápidamente y conmueve al Viejo Mundo. La sabe la Señoría de Florencia en la última semana de marzo de 1493 (22, p. 376). Pocos días después (el 9 de abril) el comerciante italiano residente en Barcelona, Aníbal Zenaro (o Januarius), escribe a su hermano en Milán y le habla de *canne* de 70 y 80 pasajeros (22, p. 377). Se trata, obviamente, de canoas. Es esta, pues, quizá la primera palabra americana que penetra a la lengua italiana, como fue también la primera en entrar al *Diccionario* de Antonio de Nebrija. La carta de Zenaro se imprime en Basilea, Amberes y París. Y la de Colón se había editado antes: en abril de 1493, en Barcelona, y se tradujo al latín en Roma poco después (22, p. 367). “No se hablaba de otra cosa en la Corte de Inglaterra”, dice por su parte el inquieto joven Sebastián Cabot, que se encontraba en Londres con su padre (10, p. 21).

III. LOS PREPARATIVOS DEL SEGUNDO VIAJE

El segundo viaje se prepara cuidadosamente: por cédulas reales se ordena que vayan veinte lanzas y veinte hombres de campo (15, I, p. 321) y uno que sepa hacer acequias “que non sea moro” (15, I, p. 322)¹. Las veinte lanzas deben ser escogidas en “la gente de la Hermandad que están en ese reino de Granada” (15, I, p. 323). Se ordena al alcaide de Málaga que entregue a Colón cincuenta pares de corazas y la misma cantidad de espingardas y ballestas. Igual número debe dar el conde de Tendilla, de las armas que están en “el Alhambra” (15, I, p. 325). Los reyes establecen un rígido control sobre las personas y mercancías que deben embarcarse (15, I, p. 330) y dan poder a Colón para elaborar ternas de gobernador (15, I, p. 337), lo que no se llevó a la práctica. Se fijan los sueldos de los marineros (6.000 maravedís al año), de los soldados (5.000 maravedís al año) y de los capitanes (de 30.000 a 50.000 maravedís al año) (15, I, p. 347) y se limita el número total de personas a 1.000 (15, I, p. 353) pero, como veremos, esto último no pudo cumplirse, como ocurrirá en el viaje de Pedrarias. Se ordena fletar las naves necesarias y, si es el caso, comprarlas (15; I, p. 328).

Se trata, pues, de una auténtica expedición organizada y financiada por el Estado, una verdadera gestión de gobierno, a diferencia de casi todos los viajes de descubrimiento en América que seguirán posteriormente. Es, además, una real empresa colonizadora como se desprende de la clase de elementos que se llevaron y del gran número de gente que pasó a América. Lo único que falta para darle definitivamente ese carácter son las mujeres: ninguna se embarcó entonces. Debemos, sí, registrar con sinceridad que este propósito colonizador, presente en todas las órdenes reales, no era compartido por la mayoría de los tripulantes, a quienes movía más bien la codicia del oro, la sed de aventuras y el afán, muy renacentista, de ver nuevas cosas. Así lo declara sinceramente Cuneo: “aunque la tierra es muy negra y buena, ellos (los pobladores de la ciudad de Isabela) no han encontrado todavía manera ni el tiempo para sembrar; la razón es que nadie quiere vivir en aquellos países” (23, p. 217). Seis años después, en 1499, el propio Colón, desengañado por la rebelión de Roldán y sus seguidores, recordaría así las circunstancias anteriores al segundo viaje y las intenciones que movieron a muchos de los soldados que vinieron con él:

“Muy altos príncipes, cuando yo vine acá, truje mucha gente para la conquista destas tierras, los cuales recibí todos por importunidad, diciendo ellos que servirían en ello muy bien y mejor que nadie, y era al revés, según después se ha visto; porque no venían, salvo con creencia que el oro que se decía que se hallaba y especierías, que era a coger con pala, e las especias que eran dellas los líos hechos liados, y todo a la ribera de la mar, que no había más, salvo echarlos en las naos; tanto los tenía ciegos

la cudicia; e no pensaban, que bien que hobiese oro, que sería en minas, y los otros metales, y las especias en los árboles, y que el oro sería necesario de cavarlo, y las especias cogerlas y curarlas. Lo cual todo les predicaba yo en Sevilla, porque eran tantos los que querían venir, e yo les cognoscía su fin, que hacía decirles esto, y todos los trabajos que suelen sufrir los que van a poblar nuevamente tierras de muy lejos. A lo cual todo me respondían que a eso venían y por ganar honra en ellos; mas como fuese el contrario, como yo dije, ellos, en llegando acá, que vieron que yo les había dicho la verdad, e que su cudicia no había lugar de hartarse, quisiéranse volver luego, sin ver que fuera imposible de conquistar y señorear esto; y porque yo no se lo consentí, me tomaron odio, y no tenían razón, pues que por importunidad los había traído y hablado claro que yo venía a conquistar” (8, II, p. 110).

IV. LOS NAVÍOS Y LA TRIPULACIÓN

La flota se componía de 17 navíos: cuatro naos y trece carabelas². En tres de estos barcos iban algunos pilotos genoveses y vascos, pero la mayoría de los pilotos eran andaluces de Lepe, Palos, Huelva y Moguer. El número total de pasajeros varía según los cronistas, pero Morison lo calcula entre 1.200 y 1.500 hombres (22, p. 397). Oviedo habla de 1.500 “hombres de hecho... la cual gente vino al sueldo real” (26, I, p. 34). Según Fernando Colón, hubo que reducir el número de personas que deseaban embarcarse, pero, con todo, los tripulantes llegaron a 1.500 (11, cap. XLIV), muy posiblemente también andaluces en su mayoría.

En otros documentos se habla de una carraca de 1.000 toneles y cuatro naos de 405, 205, 220 y 100 toneles. Navarrete explica que 10 toneles equivalían a 12 toneladas. Según eso, solo quedarían 12 carabelas, lo cual no introduce ninguna variación total de barcos que era de 17. Colón escogió para él *La Niña*, que no pasaba de 60 toneladas (22, p. 114). Morison calcula que *La Niña* debería tener 70x23x29 pies (22, p. 115). *La Niña* se contaba entre las carabelas. A diferencia de la *Santa María* del primer viaje, encallada en Navidad, que era una nao. Ella le daría a Colón una mayor agilidad de movimiento y fue especialmente útil para los descubrimientos del segundo viaje.

V. EL VIAJE

En su memorial de 1493 a los Reyes Católicos, escrito antes de verlos en Barcelona, Colón sugiere que Cádiz sea el único puerto de España habilitado para la navegación a las Indias (22, p. 356). Los reyes aceptan esta insinuación en sus *Instrucciones* del mismo año (15, I, p. 341). Así, pues, el segundo viaje sale de Cádiz el 25 de septiembre de 1493 (8, I, p. 351). Toman rumbo a las Islas Canarias, que seguirían siendo en el futuro la escala habitual de todas las flotas españolas, tanto por su adecuada localización geográfica, como por sus excelentes condiciones para el aprovisionamiento (carne, agua, quesos, etc.).

El 2 de octubre llegan a Gran Canaria y el 5 de octubre a La Gomera. Allí embarcan animales y vino. El 7 o el 10 de octubre salen de La Gomera y el 12 están en Ferro. De allí zarpan directamente a América. La travesía es un completo éxito. Llegan a Dominica en 21 días, a pesar de que tenían que esperar a la nao capitana (La Marigalante), que no era muy velera, según cuenta el doctor Chanca. No hubo un solo día de calma y solo una breve tempestad (15, I, p. 183). La primera tierra que ven es la isla Dominica, con su increíble vegetación, pero no encuentran puerto en ella. El doctor Chanca se entusiasma describiéndola: “tierra alta de sierras... , todo montaña muy hermosa y verde, fasta el agua, que era alegría en mirarla” (15, I, p. 184). Lo hallan, sí, en Marigalante y allí desembarcan brevemente. Más larga es su estadía en Guadalupe, en donde deben esperar a una partida de españoles, curiosos y entusiastas, que se extraviaron en la impenetrable selva americana y que finalmente fueron hallados. Allí es donde el doctor Chanca recoge sus valiosas y acertadas observaciones sobre los indios Caribes que la habitaban. Anota que las mujeres atan las piernas debajo de las rodillas y por encima de los tobillos para que se abulten las pantorrillas y de esta manera, añade, los españoles podían distinguirlas de las otras indias (*taínas*, seguramente) (15, I, p. 186). Fernando Colón precisa que llamaban *cairo* a la faja de algodón con que ceñían sus piernas y que las mujeres caribes eran gordísimas” y agrega que en Jamaica “usan de lo mismo hombres y mujeres y aun se fajan los brazos” (11, cap. LXII), lo que resulta desconcertante para los antropólogos e historiadores de hoy, acostumbrados a ver este como un rasgo típicamente caribe.

Chanca registra que se halló en Guadalupe “mucho algodón hilado y por hilar y muchas mantas de algodón tan bien tejidas que no deben nada a las de nuestra patria” (15, I, p. 186), lo cual debió impresionar especialmente a quienes habían estado en el primer viaje en Cuba. La Española y las Islas Lucayas, en donde solo encontraron, según el *Diario* de Colón, pequeños lienzos que servían de taparrabos a las mujeres. Dos rasgos caribes, que después se encontrarán también en el Continente, quedan así registrados definitivamente para la antropología: el abultamiento de las pantorrillas y su condición de buenos tejedores.

Es en Guadalupe donde se produce el primer contacto de los europeos con la piña, extraña y perfumada fruta, según nos dice Fernando Colón, que no habían visto en Cuba ni en La Española. Precisa que eran mejores las que se cultivaban, “como se supo después”: luego estas debían ser silvestres (11, cap. XLVI). El cronista Oviedo, que vendría en el viaje de Pedrarías, hará después el mejor elogio de ella³. Fernando Colón añade que los indios tenían, además, gansos en las casas (II, cap. XLVI). Se trata, en efecto, del llamado hoy comúnmente pato real. Más tarde, dejando atrás Guadalupe, Colón descubre un rosario de islas: San Martín, San Jorge, Santa Cruz, las Islas Vírgenes, la costa sur de Puerto Rico y, después de llegar a la posteridad esta larga colección de topónimos, exclusivo fruto de su invención, vuelve al norte de La Española. Se topa con el desastre de Navidad, arrasada por los nativos, y regresa al oriente de esta isla (el 2 de enero de 1494) para fundar a Isabela. Allí las gentes se enferman. En 12 carabelas que despachan entonces a Cádiz, al mando de Antonio de Torres y que llevan, aparte de la tripulación europea, 60 papagayos de diferentes colores y centenares de indios que mueren casi todos, quedando solo veintiséis, tres de ellos caníbales (22, p. 435), pide desesperadamente carne salada, trigo, vino, aceite, vinagre, azúcar y melaza, mulas y otras bestias de carga. Después se embarca de nuevo y descubre el suroriente de Cuba, la costa norte de Jamaica, regresando al sur de Cuba y recorriéndolo casi completamente hasta que la costa, inclinándose al medio día, lo hace pensar que está en presencia de una masa continental: el Mangi de Marco Polo, de la cual el “Aurea Chersoneso”, que menciona el Cura de los Palacios, sería la parte más occidental. Entonces vuelve otra vez a Jamaica, recorre su costa meridional, descubriendo, además, el sur de La Española. El viaje es un acierto de marino. Como atraído por un misterioso imán, casi no se le queda isla por ver desde Dominica hacia el norte, incluyendo e la excéntrica Jamaica. Todas son para él claramente islas, excepto Cuba, que es la más larga, y que ya no vacilará en considerar como una parte del Continente Asiático. Pero, detengámonos en este punto especial y demos marcha atrás, para recordar lo que ocurrió en el primer viaje.

VI. CUBA, PARTE DEL CONTINENTE

Los indios que embarcó en Guanahaní en su primer viaje le hablan a Colón el 23 de octubre de 1492 de una isla llamada Cuba, y el Almirante agrega inmediatamente en su *Diario*: “creo que debe ser Cipango” (15, I, p. 104) Al recorrer parcialmente su costa norte y comprobar su gran extensión, Colón empieza a tener las primeras dudas, pues cree que es la provincia continental de Catay, dudas que se reafirman al escuchar el nombre de Cibao en La Española (el nombre Cibao se parecía mucho a Cipango, es decir, el Japón de hoy), pero cuando redacta su carta el 15 de febrero de 1493, muy próximo a las Azores en su viaje de regreso, parece estar otra vez convencido de que Cuba es isla, y así lo afirma repetidas veces: “esta isla (Juana) es mayor

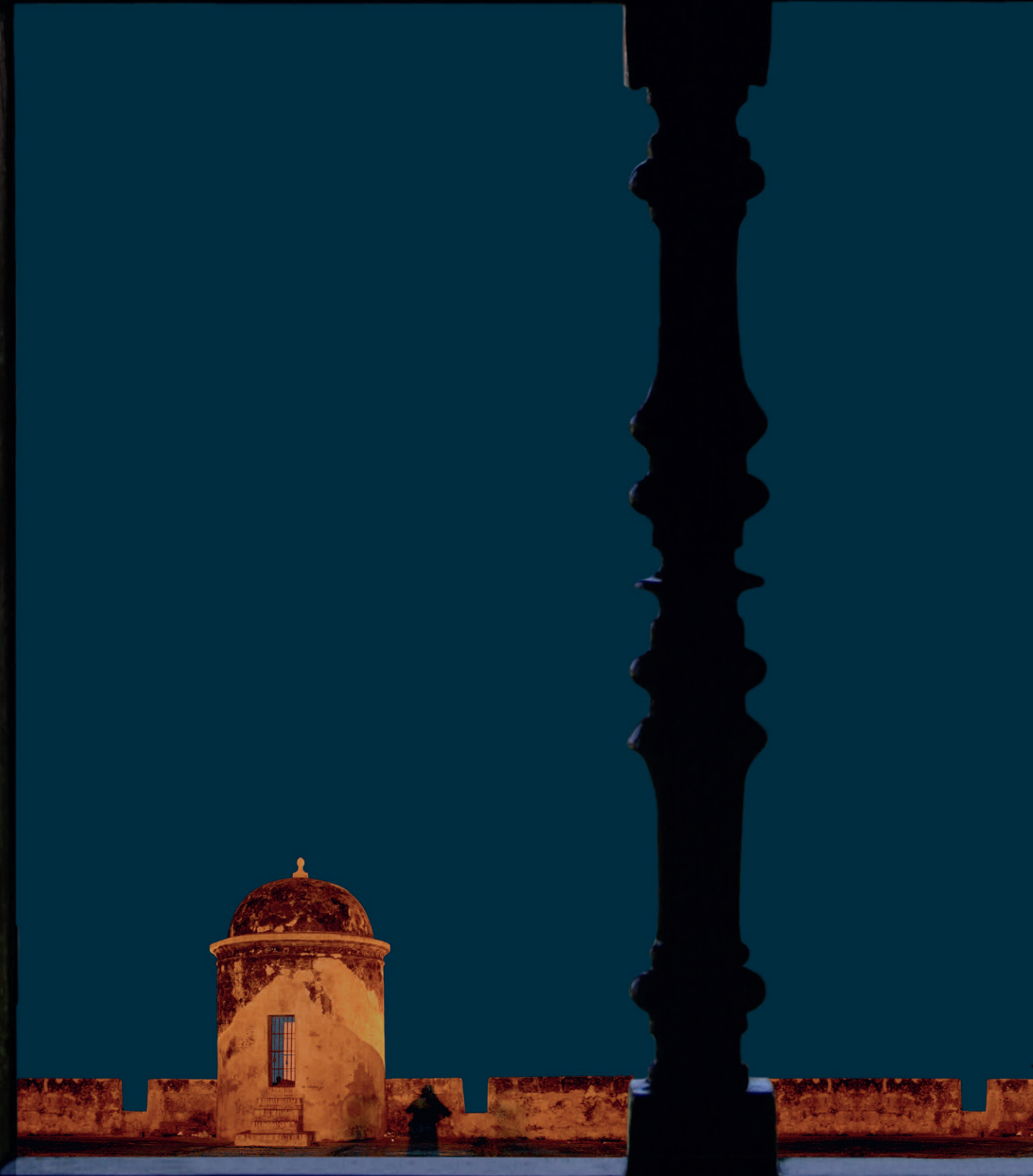
que la Inglaterra y Escocia juntas” (15, I, p. 169) y en la carta de Lisboa (14 de marzo de 1493), agrega: “En este tiempo había yo averiguado por ciertos indios que había tomado allí, que esta provincia (Juana) era ciertamente isla” (15, I, p. 174). A pesar de ello, al iniciarse los preparativos del segundo viaje y expedirse las instrucciones a Colón, así como otras cédulas reales, se habla siempre de las islas y Tierra Firme (15, I, pp. 348 y ss.), pero tal vez, creemos nosotros, pensando más bien en la Tierra Firme por descubrirse, de la cual se tenían ya algunas noticias dadas por los propios indios. La bula de Alejandro VI a los Reyes Católicos el 4 de mayo de 1493, es, sin embargo, muy explícita a este respecto e indica que no todos en Europa estaban convencidos de que Colón no hubiera tocado Tierra Firme: “Hallaron ciertas islas remotísimas y también tierras firmes”, dice la bula (15, I, p. 316).

Colón se convencerá de que Cuba es Tierra Firme en su segundo viaje, aun en contra de la opinión de muchos de sus compañeros, entre ellos su paisano y amigo Miguel de Cuneo. Al llegar al extremo oriental de Cuba en este segundo viaje (Cabo Maisi), Cuneo escribe sin mucha convicción que “pensamos ser Tierra Firme” (23, p. 221) y “luego (navegamos) al noroeste para encontrar a Catay, *de acuerdo con la opinión del Almirante*” (subrayamos), (23, p. 223), para señalar finalmente que Colón tuvo una larga discusión con un abad de Lucena., hombre muy culto y rico, buen astrónomo y cosmógrafo, quien afirmó que Cuba era una isla muy grande, “con el cual juicio —añade Cuneo—, considerando el carácter de nuestra navegación, la mayoría de nosotros coincidía y por esta razón el Almirante no quiso dejarlo regresar (al abad) con nosotros a España” (23, p. 227) , por temor de que el Rey, al conocer su opinión, desistiera de la empresa (ibid), importante comentario que puede contribuir a dilucidar los móviles de esta y otras terquedades de Colón. Todo ello nos explica por qué Colón levanta en la propia Cuba un acta con el testimonio de varios marinos, a los cuales hace declarar no haber visto nunca una isla tan larga en dirección este-oeste, por lo cual ellos la consideran parte del continente (22, p. 466). Este error se repite en varias cartas hasta 1516, pero Juan de la Cosa, firmante de la citada declaración, la pintó como isla en su célebre mapa de 1500. El Cura de los Palacios, quien debió oírlo del propio Colón, repite tres veces que Cuba es Tierra Firme (6, pp. 310, 314) aunque registra honradamente la opinión de un cacique cubano y sus súbditos, que, interrogados por Colón, respondieron: “que era tierra infinita, de que nadie avía visto el cabo, aunque era isla” (6, p. 314). Las Casas, por su parte, agrega que Colón murió sin saber que Cuba fuese isla (8, II, p. 332). En su cuarto viaje Colón obró, pues, en consecuencia, dirigiéndose directamente desde Cuba hacia la costa de Honduras, que suponía continuación de la primera, y buscando el estrecho hacia el sur, como veremos más adelante.





9 789587 251456



UTADEO

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

www.utadeo.edu.co